

el latín poco á poco de la enseñanza. Los primeros que trabajaron en esta tarea fueron los jansenistas de Port-Royal, quienes á mediados del siglo xvii se esforzaron por introducir en las clases textos en lengua vulgar: todavía siguieron escribiéndose las obras científicas en latín hasta fines del siglo pasado, pero en realidad la lengua de los sabios había recibido una gravísima herida. La revolución francesa extremó la guerra, y en la actualidad sólo algunas ramas de los conocimientos humanos conservan aún el uso del rico idioma del Lacio.

La otra estratagema puesta en práctica consiste en enseñar mal el latín. Se trastornó el objeto y el método de esta enseñanza, poniendo en boga la doctrina lisonjera de que *en latín basta aprender á traducir* para saberlo con la perfección necesaria; y así en los cuatro ó cinco primeros años, que antiguamente se dedicaban enteros á los estudios clásicos, vino á introducirse un sinnúmero de asignaturas, inconexas unas con otras, y todas con el latín. Con esto, el profesor no pudo hacer adelantar á los niños, de los cuales el que salía sabiendo traducir era una maravilla. Los discípulos se aburririeron; y si bien es verdad que con este método no aprendían á entender el latín, y mucho menos á hablarlo y escribirlo, en cambio aprendían á aborrecerlo, que era el fin deseado.

Una vez llegados á este punto, nada más fácil que dar el último paso, y representando la inutilidad del estudio de latín, la cual con artificiosas trabas se ha procurado, surge naturalmente la propuesta de su abolición. A este término van dirigidos todos los esfuerzos de los enemigos que en la época presente tienen las letras clásicas, y en algunas partes ya casi lo están tocando con la mano. Ni es sólo al estudio del latín al que tan artera táctica ha sido aplicada; pues vemos otras materias de indisputable necesidad, respecto á las cuales los sectarios primero han trabajado para que se enseñasen mal, y después, poniendo por pretexto los mismos defectos producidos en la enseñanza por la voluntad de los que la dirigen, han pedido que fueran abolidas, como sucede actualmente con la filosofía en Italia y en Francia, que está casi del todo olvidada. Y para volver al latín, cuando lo que se debiera hacer después de reconocida su utilidad é inmensas ventajas, es promover su estudio, y si algún error se ha deslizado en el método de enseñarlo, aplicar la oportuna corrección, se emplean por el contrario tan tortuosos medios para desterrarlo totalmente de las escuelas.

Otros adversarios hay que, pretendiendo que los estudios del latín y griego en la forma que hasta ahora se les ha dado son cosa añeja y

que no guarda armonía con la cultura del siglo en que vivimos, intentan sustituirlos por la filología, que dicen ser más útil en sus aplicaciones y más fácil de aprender. Esta capciosa innovación tuvo entre nosotros algunos defensores en la sesión del Congreso á que varias veces nos hemos referido; pues, habiendo propuesto un señor Diputado que se restableciese la cátedra de griego que figuraba en el plan de estudios antiguo, vino la propuesta de mano en mano á convertirse en una cátedra de *filología*, á la cual se agregó el dictado de *elemental*. De esta asignatura se dijo en aquella Asamblea: "Todos los que han cursado los estudios elementales en los colegios de la Nación y que después han entrado á las facultades á estudiar ciencias, han reconocido que hay una deficiencia que no se llena con el estudio de latín que han hecho... Y estas deficiencias pueden llenarse con una cátedra de filología elemental, que dé precisamente al estudiante aquello que va á extrañar más tarde cuando estudie ciencias naturales en la Universidad... Todos (los señores Diputados) reconocen que les faltan algunos conocimientos de filología, que les serían más útiles que todo lo que han estudiado en cuatro ó cinco años de latín ó griego." Estas palabras responden á la cuestión de si la filología puede sustituir á las lenguas

clásicas; pero antes de aceptar la respuesta, hemos de exponer un sencillo reparo que se nos ofrece.

No se puede negar que los estudios filológicos merecen llamar la atención y ser cultivados como una rama de erudición provechosa; pero ¿es posible que los niños que asisten á las aulas de segunda enseñanza aprendan la filología? La filología es la rama de los conocimientos humanos que estudia el origen y derivación de las lenguas y las leyes con sujeción á las cuales han tomado las raíces primitivas la forma que ahora tienen en un idioma determinado. Es, pues, evidente que tal estudio requiere el conocimiento anterior del idioma derivado y del original; porque sin conocer los dos términos, no se puede estudiar la conversión del uno en el otro. Estos términos es claro que no los conocerá el niño en el caso que la proyectada sustitución supone, pues suprime totalmente el estudio del latín y griego; luego el aprender la filología en vez del latín ó del griego es imposible; y no tanto por falta de profesores, según alguien dijo en la Cámara, con desdoro de nuestra cultura, como por imposibilidad intrínseca. Es una empresa semejante á la que se intentaría tratando de sustituir la geometría analítica en vez del álgebra y de la geometría, siendo así que es necesario saber estas dos para enten-

der aquélla. Ni basta decir que se trata de filología *elemental*, como no bastaría en el caso dado sustituir la geometría analítica *elemental*; pues es lo mismo que sustituir un *tratado superior elemental* en vez de un tratado elemental. Cualquiera ve que *superior* y *elemental* braman de verse juntos. La cuestión propuesta es, por lo tanto, ridícula é imposible; y con sólo enunciarla queda ya fallada su causa.

El pretexto que para establecer esta clase se hizo valer, de que los discípulos conociesen la etimología de las palabras científicas, pierde toda su fuerza si se advierte que con menos molestia y fastidio se conseguiría ese objeto por medio del simple trabajo sobre un diccionario que contenga estas etimologías. Personas hay que no son muy fuertes en griego ni en latín, y conocen bien las etimologías que han aprendido por el método indicado.

Fácil será de ver con lo expuesto, en qué consiste el específico que se quiere sustituir en vez de un estudio tan importante como el de las lenguas clásicas, las cuales bien enseñadas constituyen la más sólida base de una educación completa. No es oro todo lo que reluce, ni quizás sean puras aficiones filológicas las que pretenden introducir en este ramo de nuestra enseñanza: el blanco de esta y otras industrias es eliminar de ella el latín como se ha conseguido

con el griego¹. Sin embargo, permítasenos afirmar que no lograrán sus adversarios que desaparezcan estos idiomas de sobre la haz de la tierra; sino el que, conforme observa de Maistre, aquellos pueblos en los cuales llegue á ser abandonado del todo estudio tan fundamental, queden fuera del número de las naciones civilizadas.

1 El hecho es que nos hemos quedado sin griego y también sin filología. Fué esta sancionada, es verdad, con el carácter de obligatoria; pero, habiendo consultado el Rector del Colegio Nacional del Rosario sobre las horas y forma de enseñarla, el Ministerio de Instrucción Pública dictó en Marzo de 1885 una resolución según la cual "la cátedra de filología y etimología debe ser considerada como curso libre", lo que equivale poco menos que á suprimirla. Pero adviértase, por lo que hace á nuestro propósito, que esta resolución se tomó "de conformidad con el Informe de la Inspección de Colegios Nacionales"; ahora bien, este informe aconseja aquella medida, "porque sólo los alumnos de sexto año podrán tener algún éxito en un estudio tan difícil por la vasta preparación que exige en el conocimiento de varios idiomas muertos sin excluir algunos vivos". Luego esta clase supone como necesario é indispensable el estudio previo del latín y del griego por lo menos, y de ninguna manera puede reemplazarlo, como se ha pretendido.